



RUTH LEFIN

# AMORES QUE DEJAN MARCAS



Agenda Literaria

# AMORES QUE DEJAN MARCAS

Ruth Lefin



PRIMERA EDICIÓN

Octubre 2017

Editado por Aguja Literaria  
Valdepeñas 752

Las Condes - Santiago - Chile

Fono fijo: +56 227896753

E-Mail: [agujaliteraria@gmail.com](mailto:agujaliteraria@gmail.com)

Sitio web: [www.agujaliteraria.com](http://www.agujaliteraria.com)

Página facebook: [Aguja Literaria](https://www.facebook.com/AgujaLiteraria)

ISBN: 9781549954511

DERECHOS RESERVADOS

Nº INSCRIPCIÓN: 281.581

Ruth Lefin

Amores que dejan marcas

Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

TAPAS

Adaptación de imagen de portada: Alexander Ar-  
neda Fuentes  
Diseño: Josefina Gaete Silva

# ÍNDICE

## PRÓLOGO

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

## ACERCA DE LA AUTORA

# PRÓLOGO

Algunas personas creen que siempre podrán proteger a sus hijos, pero entre más crecen, la labor se vuelve más difícil. Los jóvenes comienzan a tomar sus propias decisiones y a cometer sus propios errores. Los padres, aunque sufren al verlo, pocas veces pueden evitarlo.

Gabriela es una adolescente absolutamente normal, con sueños y problemas como todos, es hija única, por lo que sus padres han dedicado toda su vida a intentar protegerla, no obstante, las decisiones precipitadas que tienden a tomar las jóvenes de su edad, sumado a su falta de seguridad, le juegan una mala pasada.

Dicen por ahí que a nadie se le enseña a ser padre, pero tampoco hay un manual para ser adolescente y, a los quince años, los errores pueden traer graves consecuencias.

Gabriela sacaba un vestido tras otro de su closet, se los probaba uno a uno y se miraba al espejo, bailaba y seguía buscando prendas. De nuevo frente al espejo, miró su busto y suspiró.

—¿Algún día crecerán?

A sus quince años, era prácticamente la única entre sus amigas que aún no se desarrollaba acorde a su edad. Pero eso carecía de importancia aquel día: por primera vez, le habían dado permiso para ir a una fiesta y, eso no era todo, además podría quedarse en casa de Beatriz, su mejor amiga desde siempre. Solo tenía que encontrar la ropa y el maquillaje apropiados y prepararse para la que sería la mejor noche de su vida.

Finalmente, se decidió por un vestido color marfil, ya que siempre le habían dicho que su piel morena se veía radiante con él. Se maquilló siguiendo un tutorial de *Youtube*, para destacar sus ojos marrones e intentar verse segura y madura. Miró el resultado en su reflejo, sonrió y corrió donde su mamá para mostrarle el atuendo seleccionado.

—Mira, estoy lista ¿Qué dices?

—Gaby, te ves tan grande... tan linda. Pero, ¿no será mucha producción? Es una fiesta no más, no tu licenciatura

—¡Mamá! Tú siempre dices que la apariencia es importante, que todo entra por la vista y hoy quiero verme linda y segura de mí misma... no ser la pava a la que nunca dejan salir.

—Hoy te dejé, así que deja el discursito.

Hubo un breve silencio. María miró a su hija y decidió que no era el momento de discutir con ella.

—Te ves preciosa, vas a dejar a todo el mundo con la boca abierta.

Gaby saltó de alegría y abrazó a su madre.

—Gracias mamita, ¡te amo!

Corrió a su pieza. Tomó la mochila con sus cosas y salió rumbo a casa de Beatriz. Quedaba solo a una cuadra, así que llegó en pocos minutos. Cuando su amiga la vio, sonrió y corrió a su encuentro.

—Amigaaaa, por fin llegas, te ves linda, ¡hoy vas a matar!

Le dio una vuelta admirando el atuendo. Luego se puso las manos en la cintura.

—¿Y yo?

—Hermosa, como siempre. No sé cómo lo haces para verte siempre bien.

—Gaby, siempre te he dicho que la actitud lo es todo. Ya vas a ir aprendiendo.

Beatriz tenía solo diecisiete años, pero creía tener todas las respuestas de la vida. Al ser la mayor de sus amigas y contar con más “experiencia”, se había convertido de forma natural en una especie de gurú adolescente; todas las chicas querían su aprobación, por ende, era la única que las podía aconsejar de manera acertada.

Comenzaron a llegar los invitados, pero entre más personas llegaban, más intimidada se sentía Gabriela y se pegaba a la pared tratando de pasar inadvertida. Cuando Beatriz se dio cuenta, caminó hasta ella, le pasó una cerveza y se la llevó a bailar.

—La idea es que te luzcas, no que te escondas en los rincones. Vamos.

Gabriela tomó un par de sorbos y comenzó a bailar. Primero muy tímida, después más animada y, finalmente, su energía se desbordó. Se sentía bien, importante, observada, pero no inquisitivamente, sino que admirada. Tal vez porque era amiga de Beatriz, quizás porque de verdad se veía bien, o simplemente porque bailaba como si no le importara nada; y de verdad no importaba, le gustaba sentirse así. Tomó otra cerveza. No le agradaba mucho el sabor, pero pensó que sería sumamente inmaduro decirlo.

De pronto, vio unos ojos negros y penetrantes que la observaban fijamente. Se sintió algo intimidada, por lo que

cambió de lugar con una de sus amigas, sin embargo, la curiosidad era más fuerte, quería saber si seguía siendo observada. Dio una vuelta, allí estaban aún los ojos negros, misteriosos, profundos y más intimidantes que antes, por lo que se volteó rápidamente.

De súbito sintió un escalofrío en la espalda, una mano se posó en su brazo y una voz le pidió permiso para pasar, en un susurro cerca de su oído. Gabriela se movió giró su cabeza y vio una sonrisa bajo los ojos que tanto nerviosismo le habían causado. Vio pasar al desconocido, vestía totalmente de negro y parecía muy poco interesado en estar allí, parecía ser algo mayor que ella. Lo que más llamó su atención, fue que nunca antes lo había visto.

Beatriz vio a su amiga con la mirada fija en alguien, siguió sus ojos e inmediatamente la tomó del brazo.

—Se llama Andrés, es primo de Javier, y te prohíbo que te le acerques.

Gaby se rio, miró a su amiga que la observaba con seriedad, por lo que se puso seria también.

—¿Me estás hablado en serio?

—Obvio que sí, ese tipo es raro no me da confianza, nunca mira a la gente a los ojos... como si escondiera algo. Lo dejé entrar solo porque venía con Javier así que, Gaby, deja de mirarlo, la casa está llena de gente, fíjate en cualquiera menos en él.

—Pero Bea, a mí sí me miró a los ojos, a lo mejor es tímido no más, a lo mejor...

—¡No! De verdad es extraño, Gabriela Riveros, mírame. No te acerques a él. ¿Me escuchaste? Si te veo hablando con él, le voy a contar a tu mamá que estuviste tomando y hablando con hombres desconocidos

—¡Noooo!, Bea, porfa. Si mi mamá sabe nunca más me va a dejar salir, tú sabes que es como un ogro

—Entonces ¿Qué tienes que hacer?

Gabriela hizo una mueca de aburrimiento y repitió robóticamente.

—No acercarme a Andrés

—Muy bien —Beatriz volvió a sonreír y le pasó otra cerveza—, toma, la chela de la paz ¡ja,ja,ja,ja!

Gabriela la recibió y tomó un sorbo. Andrés pasó de vuelta mirándola fijo, pero ella desvió la vista hacia Beatriz, que la observaba inquisidora. Continuó bailando e ignoró al misterioso desconocido.



Andrés detestaba estar con mucha gente, lo hacía sentir incómodo, pero sabía que era la única manera de entretenerse durante su estadía en casa de sus tíos. Además, su primo Javier le simpatizaba aunque fuera "demasiado sociable" para su gusto. A sus dieciocho años, acababa de terminar el colegio y, la verdad, aún no sabía que haría de su vida. No quería estudiar más, sentía que era suficiente haber sacado cuarto medio. Quería buscar trabajo, ojalá en el sur, en algún lugar rural.

Vio a Gaby cuando estaba arrimada a la pared, en un rincón. Le gustó verla tan tímida, sintió que tenían algo en común. Luego, cuando la vio bailar, le pareció un ángel, con su vestido claro y liviano que se ondeaba con cada movimiento. Tal vez era efecto del alcohol, pero creyó ver a la criatura más hermosa del mundo. Sus miradas se cruzaron un par de veces, pero solo unos instantes. Decidió ir a hablarle, se acercó a su oído, pero el dulce aroma de la muchacha paralizó su confianza y únicamente atinó a pedirle permiso para pasar. Se sintió un estúpido, ya era un hombre, debería tener las agallas suficientes para sacar a bailar a una chica. Al pasar de vuelta no quiso acercarse, se sirvió un vaso de ron y salió a tomar aire.

Mientras estaba en el jardín mirando las estrellas, pensó en el origen de su falta de carácter y en la enorme cantidad de veces que esto le había causado problemas en el pasado. Estaba seguro de que el origen de su falta de confianza era su madre, sí, estaba seguro de eso. Ella siempre se burlaba de su forma de ser, de sus gustos y reacciones. Recordó la única vez que llevó a una amiga a su casa, su padre se acercó a la joven y le dijo que era demasiado bonita para estar con él. Su mamá, en lugar de reclamarle a su esposo por el desafortunado comentario, bajó la cabeza y se metió en la cocina para preparar la once. El resto de la jornada fue similar, su padre hostigaba con mal intencionadas indi-

rectas a su amiga y su madre se mantenía en silencio sin siquiera mirar lo que pasaba. Andrés solo quería salir de ahí. Cuando llegó la noche y pudo ir a dejar a su invitada, le pidió disculpas por el mal comportamiento de su padre, aunque sabía ella que nunca más querría volver a su casa. Llegó muy enojado, le reclamó a su mamá por no intervenir, por dejar que su esposo fuera así cada vez que había invitados en casa, y ella le contestó: "¿Para qué traes visitas, si sabes cómo son las cosas aquí?". Sí, definitivamente era su culpa.

De pronto, se sintió envuelto en una dulce fragancia que lo sacó de sus pensamientos. Se dio vuelta y la vio, iluminada por la luz de la luna que destacaba aún más su belleza. Era definitivamente una criatura perfecta, esta vez no tendría miedo. Tomó de un sorbo todo lo que le quedaba en el vaso y se le acercó, decidido.

—Hola, ¿también necesitabas aire?

Gabriela no se había percatado de su presencia, por lo que se sobresaltó al oír aquella voz. Miró sus ojos oscuros y la sonrisa dibujada en su rostro, esta última le pareció algo forzada. Algo había en aquel extraño que la inquietaba y le hacía sentir una especie de escalofríos. Recordó las palabras de Beatriz, pero esta vez era distinto, no era su culpa topárselo afuera, y no podía dejarlo hablando solo... sería una falta de educación.

—Sí, adentro estaba un poco sofocante.

—Me llamo Andrés, ¿y tú?

—Gabriela, mucho gusto.

Le extendió la mano para demostrar madurez, pero Andrés tomó su mano y la besó. Gaby sintió algo extraño, se puso nerviosa... no supo qué hacer.

—Gabriela, eres muy bonita. Disculpa que sea tan directo, la verdad nunca lo soy, pero tú llamaste mi atención, y como no sé si te voy a volver a ver, aprovecho de decírtelo.

—Gracias... tú... ¿Eres primo de Javier?